



LUIS FUENTES RODRIGUEZ

“SAMBO”

(Elegía para el niño que fui)

1957

© Rolando Diez de Medina, 2015
La Paz - Bolivia

INDICE

Pórtico
Ya no estás solo
¡Mamita!
La amiguita ciega
El amiguito alado
El sueño
¡Carbón!
Bautizo
Carta para el cielo
Recuerdo matinal
El gato
El poeta
Navidad
Era una vez
El que no pudo huir
La mesonerita
Padre Nuestro
Lápida
El silencio
La ronda
Los mandados
Breve historia de amor
Esta noche
El señor don
La niña loca
El payaso
La fe
Un poema
Bienaventurados
La ahogada
La esperanza
Garrick
Delirio y muerte
¡Adiós... Sambo!

MINISTERIO DE EDUCACIÓN Y BELLAS ARTES
COLECCIÓN CUADERNOS JUVENILES

6

Fernando Diez de Medina
Ministro de Educación

R. Alberto Calvo
Asesor Técnico

Raúl Calderón Soria
Director Nacional de Cultura
Asesor Artístico

"En aquél tiempo se llegaron los discípulos a Jesús diciendo: ¿Quién es el mayor en el reino de los cielos?

"Y llamando Jesús a un niño, lo puso en medio de ellos, y dijo: De cierto os digo que si no os volviéreis, y fuéreis como niños, no entraréis en el reino de los cielos.

"Así que, cualquiera que se humillare como este niño, este es el mayor en el reino de los cielos".

(San Mateo -18 v.).

PORTICO

Detened vuestra alegría para entrar en este jardín del amor; porque es verdad que el amor es triste. Sabed que nada mejor podría brindaros aquel que sólo ha vivido para conoceros.

Sin embargo, son pocas mis rosas y, tal vez, muy pálidas; pero yo las cuidé para que las hiciérais estrellas como en los sueños infantiles. Acaso sea este uno de ellos, el más pequeño, el más humilde.

Porque, apenas si soy el jardinero de mi infancia.

Ya no estás solo

Sambo es un niño negro; ha nacido para sufrir.

-Cuando murió mamá -me dijo un día- le llevaron flores a la tierra helada; yo las miraba de lejos; no podía comprender por qué la dejaban tan sóla. De noche, la sentía venir con los ojos llenos de lágrimas, y en sus labios secos se quedaban dormidas las más tristes palabras.

Sambo tiene una historia que es la de todos los niños pobres: la calle, el quicio de una puerta, los hospitales, los hospicios, quien sabe...

Cuando las noches caen sobre los caminos sin luna, Sambo recuerda aquella en la que se quedó solo para siempre. Después, una señora -que no ha debido ser madre- lo recogió de criado. Dicen que no lo maltrataba nunca... pero no le tenía lastima, y el pobrecito, que sólo sabía amar, tenía llagados cuerpo y alma, de miseria, de dolor.

Yo lo conozco, sé que ha sufrido siempre, ¿qué niño que ha llorado mucho no tiene los ojos tristes?

* * *

Mira, Sambo lo que yo quiero contarte es una historia tuya; ahora la escribo para ti, para que la leas allá, sobre una estrella.

Sé que estuviste solo. Tu vida fué un largo camino en el que nadie te dió a beber una palabra de ternura; nadie te dijo que los niños son fruto del amor ni que los esperamos por las tardes, para repetirnos un poco y ser otra vez lo que fuimos.

Ya no estás solo, Sambo: has un lugar en el cielo para mí.

¡Mamita!

Mamita:

La tarde se ha quedado dormida en la orilla perfumada del río; meditan los árboles silenciosos de como un ruiseñor se convirtió en suspiro. Y el cielo bruñe su espejo azul.

Yo quisiera contarte mis tristezas, ahora que nadie puede escucharme sino tú. Mi soledad se alarga como una sombra y cae.

Tengo mucha pena desde que te fuiste, pero no puedo llorar. ¡He llorado ya tanto!

Yo sé que estás aquí, que vienes cuando te llamo; en todas las cosas encuentro tu presencia pequeña, tu voz suave y delgada, tus manos sueltas y llenas de ternura. Mi corazón te reconoce cuando me duele más el alma.

¡Oh, cómo quisiera llorar! ¡Cómo ansío, mamita, que mi alma sea un manantial infinito para regar tanta cosa muerta, tanto páramo oculto!

Yo no sé por qué la tarde me recuerda el tiempo que cantabas y tu voz era húmeda y me llenaba de palabras arrulladoras. Ahora todo ha enmudecido, el viento, el agua que ya no dice la historia de sus países de cristal; quien sabe si tu también estás un poco dormida y tal vez sueñas conmigo, aquí, en la tierra que salpican las estrellas.

Yo quise contarte esta mi vieja tristeza, y otra vez, pensando que nunca más podré hacerlo, me he puesto a llorar, mamá, mi pequeña mamá.

Sambo

La amiguita ciega

Una niña duerme mientras brota del silencio el sueño de Massenet. ¡Qué nadie la despierte!

Finge la tarde, para sus ojos ciegos, gnomos que pueblan los cuentos de hadas.

Acaso nunca la amaron como ahora; tal vez jamás escuchó el poema escrito para sus pupilas inmóviles.

Una palabra se hace beso y se desmaya como un crisantemo.

La niña duerme, callad... es tan dulce morir un poco. No turbéis su sueño.

De pronto, yerra en la ramada el viento. ¡Pobre muchachita que tiene los ojos sin luna! ¡Qué pena tan grande sobre el viejo diván!

Sambo, que la ve desde la ventana, quisiera robarle al cielo dos astros y engazarlos en los espejos muertos de su amiguita triste; Sambo quisiera decirle a Dios: ¡ha sufrido tanto! Y después correr, vivir el ímpetu de una eterna alegría, mirarse largamente en la fuente muda, donde no puede mirarse la cieguita.

¡Oh, como brillaría su carita negra, junto a la de la niña, primavera yerma!

El amiguito alado

Todas las tardes cantaba el ruiseñor sobre el rosal que un día amara el jardinero de Rabindranath.

Yo le escuché una vez, y comprendí recién entonces, que acaso en lo más simple está la verdadera poesía, y que el alma de las cosas esta poblada de maravillosos recuerdos, y ama tanto el ave como el fresno que siempre se queda solo, pensando, sintiendo lo hermoso que es guardarse para después trinos y estrellas.

Cuando cantaba el ruiseñor, las rosas se tornaban pálidas. Todo se llenaba de amor cuando el poeta del vergel desgranaba suspiros de su lira de plata; el rosal se llenaba de estrellas y la luz que vertía sobre el césped, era un vaso de infinito sahumerio, de aromas, de perfumes.

Aquella tarde -me lo contó Sambo llorando, con esa pena que nubla el cristal de las almas de los niños buenos-, mientras las rosas meditaban si acaso la ternura es la vida, cuando el ruiseñor escalaba un rayo de sol, un guijarro certero le partió el corazón. Cayó a la fuente que se tiñó de escarlata, y el ave enmudeció. Se había bebido todo el crepúsculo rojo.

Después... la soledad, la muerte. Yo no lo ví, pero cuando me lo contó el negrito sentí frío adentro, un frío como el de las rosas que se quedaron marchitas y rodaron por la sombra como astros apagados; un frío como el del pobre ruiseñor, que murió igual que el poeta del cuento, con el alma rota de tanto amar.

El sueño

Niebla.

La noche es un poema de Milosz.

Todo calla, todo es la muerte repitiéndose como una obsesión desesperada.

Los recuerdos se alargan. ¡Oh... si al menos pudiera llorar!

Qué triste es el silencio y cómo duele la soledad de un niño.

Sambo, dormido, parece un ángel de carbón.

¡Carbón!

¡Carbón! ¡Carbón

Las voces huecas de los chiquillos rodaban por el suelo y Sambo las recogía llorando.

En la escuela del barrio no se perdonó jamás la sed de amor de aquel lírico niño de irsuta cabellera, que, en el último pupitre del aula fría, era la afrenta y la burla de los más crueles.

El insulto y la zumba envejecieron bien pronto el alma del discípulo triste. Nadie lo vió reír, pero tampoco lo vieron llorar. Melancólico siempre, era el eterno solitario: Musset niño.

Un día no volvió más a la escuela, y se acabó la algarazara de sus pequeños verdugos.

Yo habría querido decirles que el alma de los negros es tan blanca como el amor, alba como la ternura que vivifica, siembra y hace brotar de los páramos mudos rosas y pensamientos.

Yo habría querido decirles que hay ángeles en el cielo, como estos que en la tierra viven solo para sufrir, y que allá alumbran con los fulgores más bellos.

Sentí su ausencia enorme y entre todas las voces reconocí su voz dolorosa y simple:

-No es nada.

-No hay pena.

Oh... si viviera mamá!

Algún tiempo después, en el cuaderno olvidado de Sambo, encontré esta nota: "Si me dieran a escoger entre dos almas, la una muy blanca, la otra muy negra... yo escogería la más triste".

Bautizo

¡Pobre espantapájaros! Eres un niño viejo. Te afrenta ese horrible gabán, ¿sabes? Te lo pusieron para divertirse; pero tú eres triste como yo.

He venido a regalarte un nombre: Crucifixión. Para que sepas cuán dulce es tenerlo y para que alguien te llame con cariño; yo no sé de éste, pero debe ser tan hermoso...!

Eres muy bueno, tanto que te ha crecido una ramita en el corazón.

¿Me escuchas? ¿Verdad que tienes alma? ¡Cómo no vas a tenerla, si has sufrido tanto! Sí: tu nombre es Crucifixión.

Pero no te preocupes por eso. Un día, Dios te llevará a encender los astros y entonces tu alma volará como una mariposa de luz.

Carta para el Cielo

Mamita:

Anoche me crecieron dos alas. Soñaba que un ángel blanco me decía tu nombre. (Dios, a lo lejos, cantaba como un río).

¡Que pena, mamita! Todas las casas estaban cerradas, y para cada una de ellas yo arranqué del cielo una estrella.

Sólo el jardinero me vía besar las rosas; si hubieras visto cómo brillaban en las ondas fugitivas de la fuente y como se alegraba el viejo, al contemplarlas encendidas!

El ángel me dijo que eras buena y hermosa, que eran tus ojos negros y que en ellos podía mirarme toda la vida.

Yo me acuerdo muy poco... pero han debido ser tus manos dos pétalos negros, ágiles como para que una brisa apenas las llevara hasta las mías.

¡Cómo sabrías quererme, cuando nunca he dejado de sentirte!

De noche, oigo tu voz derramada en las casas, y me parece que no hubieras muerto.

El ángel me dijo también, que un día estaré junto a ti y que iremos juntos por todos los caminos; yo te llenaré de zarcillos, te besaré tantas veces...

Cuando así sea, le dejaré mis alas al jardinero.

Recuerdo matinal

Esta mañana desperté con el trino de una alondra en mi ventana.

¡Qué placidez me invadía y qué fresco estaba el aire!

Ha vuelto la primavera; un inusitado gorjeo sinfoniza la plenitud de la vida. En la enredadera, que cuelga de la balaustrada sus púdicos asomos, se desfleca un rayo de sol, como antes.

Vayamos de la mano. Todo dice el himno del amor; la tierra pródiga abre sus cofres y sahuma de lilas transparencias la mañana radiante.

El césped se perla de gotas de rocío e inventa sobre los asfodelos nubias cuentas de cristal.

Vayamos, Sambo; hemos cambiado un poco, pero en el corazón somos otra vez dos niños.

El gato

Los niños duermen.

En la persiana cuelgan extraños flecos de luna. Se ha detenido la noche.

Sambo, que vela en dulce silencio, ve desde el alfeizar iluminado el camino largo que va del pueblo al cielo.

De súbito, el tic tac del reloj acompasa los latidos de su corazón. Un miedo frío le recorre el cuerpecito entumecido; tiritita su alma.

No temas, Sambo. Es el gato regalón de la casa, que con sus ojos brillantes parece un duende escapado de los cuentos de Perrault.

Afuera, la nieve cae pausada, monótona.

El poeta

Bajo el nogal pardo rojizo donde los mirlos se beben la tarde y la grana del cielo, Samba escribe un poema:

Las estrellas
son log ojos
de todas las madres muertas.

Cerca, la vocinglería de los niños pastores triza el silencio igual que los cencerros.

A veces, un ave falla la nota traviesa y ríen los pájaros locos sobre las ramas perfumadas.

Nada turba la quietud del negrito poeta. El tiempo, absorto, vuelca su reloj de arena.

Yo, distraídamente, como ignorando su coloquio con el sueño, lo miro furtivo y recojo violetas para su novia: la tristeza.

Navidad

En la noria el agua vidria el cielo opaco. Crujen los pinos secos. Encanece la noche.

Navidad blanca. ¡Cómo recuerdo mi esperanza trunca, el juguete que no tuve y las horas largas sobre mi ventana!

En la estancia los niños duermen como apurando el tiempo viejo que se echa a descansar en cada recodo del camino.

Parlotean los cirios iluminando el nacimiento. El Niño Dios tiene los ojos abiertos.

Sobre la mesa yacen limpios los botines ansiosos; junto a ellos los de Sambo, que se quedaran vacíos, porque Dios estará muy apurado y no dejará nada para el negrito bueno.

"Esta noche es noche buena...", pero sigue cayendo la nieve, y él siente un gran frío en el corazón.

Era una vez...

Escarcha en los caminos, soledad en el alma. La aldea recoge el sueño diáfano bajo la medianoche.

Duerme la sementera; pero cuando todo acalla la ruda faena de la vida, Sambo hace girar las aspas locas de un molino. La niña que le acompaña -apenas una anémica sombra, que bien podría ser la de una trémula dalia- teje en la urdimbre de su hastío infinito los recuerdos lejanos de una historia sin nombre:

-Era una vez un rey...

Sí, decid el cuento que escuchasteis un día colmado de júbilo, cuando una sola historia bastaba para haceros felices.

Sambo no puede más, la niña duerme. En la ventana llora Maeterlinck.

El que no pudo huir

Yacía el cardenal preso en la jaula. Su voz, apenas la brevedad de un silbo, se fué haciendo cada vez más leve.

El tío Bruno se calaba los lentes para verlo como al descuido.

-¿Qué tendrá el cardenal?

-Pues, qué va a tener: tristezas. Dadle un poco de vino, traedle compañía, llamad a la pajarera; si lo sabré yo.

Aquella tarde, Sambo, todo lleno de miedo, abrió la jaula... pero el ave no voló. Un hilo de sangre le brotaba del pico. ¡Pobre músico alado!

Juanón, el idiota, desde el muro se reía.

La mesonerita

Cuando raya el alba sobre los tejados rojos, la niña del mesón va a la fuente.

Rosa su tez, blanca la bata: es el milagro al que jamás se ha asomado el amor que puede hacer brotar en ella, desde el fondo de su alma, una sonrisa de felicidad.

Solo Sambo, que siempre la espera en la mitad del camino, quiere verter un poco de ternura donde otros echan maledicencia.

La crueldad de la madrastra, el hollín, la friega, el lavado, no han podido, no obstante, apagar el fuego de su hermosura tímida, ni el brillo de sus ojos negros. Sambo no lo ignora... y quisiera ser "grande" para amar su mocedad.

La mesonerita se da modos para ver al negrito porque le han prohibido hacerlo; es su único consuelo y, además, ¡es tan hermoso que alguien la ame de verdad!

Un día el hada faltó a la cita: no volvió más.

Luego, Sambo se enteró de que su alma voló al cielo como un suspiro, y aquella noche nació una estrella.

Padre Nuestro

La aldea dormita bajo el crepúsculo, y atardece con el ángelus que desde la ermita solariega se reparte en voces sonoras y lejanas.

Es la hora de la meditación.

Los últimos tañidos llaman al recogimiento campesino e inventan la dulce placidez del valle.

Y el alma, en absorta contemplación, repite la presea inmortal:

"Padre nuestro que estas en los cielos..."

Reza, Sambo; ora por todos los que no saben hacerlo y solo tiene lágrimas en el alma:

"Venga a nos tu reino..."

Lápida

En el muro, musgo y sol, Sambo ha dibujado el rostro de aquella negrita que vendía rosas y crisantemos.

El silencio

La cigarra bohemia rompe el mustio decaimiento de la tarde. Domba el cielo grave su austera inmensidad.

Y sigue el cric cric intermitente.

La monotonía inventa un mágico violín. En la rama senil del pino muerto trina melancólico un ruiseñor, y la fuente acorda sus voces interiores, y las cañas y las hojas secas crujen doloridas.

Dice el eco: duerme; la sombra: gira, gira, gira; el agua clama: sueña; la soledad: descansa.

Sambo corre desesperadamente por el jardín, cae de bruces, gime, llora. Después comprende lo absurdo de su miedo.

En el silencio, Sambo, .ensaya su primer concierto.

La ronda

Cristal trizado en mil estrellas... El cielo es clavel herido por un puñal de luna.

Es la noche de San Juan; los niños queman el aire con violetas encendidas:

Buenos días su señoría
mandum dirum dirum lá...

El carrusel danza envuelto en humo rojo. La noche no se cansa de girar con sus velos de frío desplegados al viento.

Nohecita bullanguera, los muchachos escriben sobre tu piel piruetas y carcajadas, gritos de júbilo, incontenible alegría.

¡Cómo no ser como ellos! La luna me hace un guiño y hasta Sambo ríe, ríe, ríe.

Los mandados

-¡Prende la lumbre!

-¡Limpia el portón!

-¡Qué vengas, que vayas!

-¡Ea, tololo! ¿No ves que tengo que salir? Los botines tienen que brillar como tus ojos!

-¡Qué el niño quiere jugar!

-¡Cabeza loca!

-¡Vuelve a la cocina!

-¡Sambo, Sambo! ¿Sabes quien fué tu madre? Charol, ¿oyes?, Charolina!

Las voces suenan como campanas; vuelven, chocan, ruedan, crecen. Sambo quiere huir...
¿dónde?

¡Basta, basta! ¡Es espantoso! ¡Dios mío, Dios mío!

Es verdad: los negros no tienen alma.

Breve historia de amor

Has de saber Sambo, que, ignorada en la sombra, la violeta amaba la arrogante presencia del clavel. Las flores como las niñas aman sin saber qué es el amor.

Y así, la pobre enferma de soledad moría silenciosamente.

Una vez, cuando la rosa enhebraba un hilo de luz, el clavel le dijo tan quedamente su requiebro... que se ruborizaron sus pétalos tornándose aún más delicados. Y la rosa le amó porque es de rosas el amor, y de violetas la tristeza. Quién sabe por eso se marchitan pronto...

La violeta murió con los ojos fijos en el cielo impasible.

¿Ves, Samba, cómo el amor es triste?

Esta noche...

Los silfos del aire danzan sobre los lampos.

En el piano, alguien que debe estar muy triste, deshace el sueño de Debussy.

Mira, Sambo, esta noche las estrellas están más cerca de nosotros que nunca. ¡Si hasta podríamos cogerlas de un salto!

El señor don...

Calvo y esmirriado, el doctor don Pascualo -latinista de aldea- habla "en difícil", como dice la gente que le escucha asombrada.

Esta mañana, como de costumbre, daba su paseo pedagógico.

¡Qué gusto verlo embutido en su levita verdusca!

-Buenos días don "Stultorum"... perdón, quise decir don Pascualo.

-Buenos los tenga y mejores, señor magister.

-Gracias.

-Hasta otro ver.

¡Basta, basta! -me dice Sambo-, por Dios esa lengua...

Yo disimulo y hasta finjo que medito profundamente.

Este honorable caballero -más de una vez Alcalde y Concejal vitalicio- le tiene cierta aversión a Sambo, como que le llama "tonto de capirote". Pero mi negrito se ríe en la noticia.

¡Si supiera Sambo lo que pienso de don Pascualo y de su "stultorum infinitus est numerus"!⁽¹⁾. Parece que no se cuenta entre ellos siendo el mayor de todos.

La niña loca

-Mi muñeca se llama Torya, y Vania, y Arlem... también se llama Juri.

Estaba viva, ahora se ha muerto, se ha muerto sola.

.....

-Tenía los ojos grandes, la boca grande. Ya no se llama Arlem. Se ha muerto. Ya no se llama Vania. Se ha muerto.

.....

-¡Corre, corre, que Tania corre! ¡Se voló! Juri, Vania, Torya, Arlem. Yo digo que se ha muerto, mi nena se ha muerto-o-o-o, se ha m-u-e-r-t-o.

Las vecinas se persignan al verla y persuaden a otras que es obra del demonio.

-Esta muchacha tiene un pájaro en la cabeza. Esta hechizada. ¡Dios nos libre!

Sambo dice que la niña loca es un pájaro azul, ansioso de volar.

El payaso

Arlequín, Polichinela, Chaplín... ¡Habéis oído hablar del cómico? Para los niños es el dios de la risa; piruetea para ellos, hace muecas preciosísimas, salta, estalla su corazón de globo y, bajo el chorro de sangre cristalina, cae en su porrazo estruendoso.

Miradlo: ¡quién diría que es un hombre y que el dolor le ha impuesto su tragedia: reír!

Para la mayoría es "el del frac", "el de la boca de albayalde", el "carcajada".

Oíd como goza el famélico, el juez y el deshollinador. Todos sin excepción. Y el clown dice:

-¿Sabéis que mi médico me ha prohibido beber agua?

-Porque como tengo un riñón flotante... se me podría hundir.

En el redondel terroso del circo la risa se contorsiona movida por resortes. Sambo, desde la última galería, murmura para sí: "Es curioso, tiene la sonrisa en los labios... pero llora".

⁽¹⁾ "El mundo está poblado de tontos".

La fe

Bajo la sombra del álamo que en el huerto ampara a la hierba húmeda, leo:

"Solo un soplo separa el descreimiento de la fe". ⁽¹⁾.

Trato de explicarte, Sambo. La verdadera vida es aquella que se entristece cuando mira las estrellas, y sueña; la que perdona y ama, la que se corona de espinas; la que llora por un secreto dolor... al punto de que pierde la esperanza, pero la recupera.

Pero los niños siempre tenemos fe, aunque haya mucha tristeza, aunque detrás de una sonrisa haya siempre una lágrima.

Sambo está perplejo... la vida... la fe...

¡Oh, Khayam, Khayam, para que sirve la fuente inagotable de tu alma, si no logra apagar la sed de un niño!

Un poema

No han caído los astros, Sambo: son las luciérnagas que bordan el ajuar de la noche.

Bienaventurados

Quien no es capaz de enternecerse ante el dolor ajeno no sabe lo que es el amor, y quien no ama ignora la ternura de un beso, la belleza de unos ojos que saben hablar lo que los labios callan.

Benditos los que han sentido la piedad de una lágrima, la inefable limpidez de un consuelo.

Benditos los que han vertido todo un cielo en el alma y toda la luz en el corazón.

Benditos los que dan no sólo el mendrugo que sacia el hambre y el agua que aplaca la sed, sino también la palabra, la sonrisa de esperanza.

Benditos los que tienen un recuerdo de bien.

Benditos los que aman, los que siembran, porque recogerán con creces. Los que no tienen rencor serán colmados de bienaventuranzas. Los que no saben de envidia serán ungidos de alegría.

Sálvenos la verdad de la mentira, la luz de la sombra maculadora...

Nada puede el odio y, en cambio, todo lo puede la dulzura. ¿No ves, Sambo, cómo por cada obra buena hay una florecita blanca, y como por cada maldad brotan cien espinas?

⁽¹⁾ Omar Khayam.

La ahogada

Poma de esencias matinales, plena, radiante. Se diría que iba toda envuelta de azahares; sobre el burrito de nieve y ceniza la niña de las chanecas se reía.

Despertaba al alba con el primer rayo de sol, y en el estanque límpido, cerca de los árboles fantásticos donde la sombra descansaba sobre la hierba, lavaba el sueño de sus ojos glaucos.

Fresca como la primula ávida de belleza, su carita redonda reflejándose en el remanso. ¡Qué gusto daba el verla flotando igual que los nenúfares!

Un día quiso coger su reflejo y se le quebró en las manos. ¡Qué pena, qué pena! Cayó en las aguas.

Sambo recuerda a la pobre niña que creyó en una ilusión y la alcanzó con la muerte.

La esperanza

Habrà un tiempo, Sambo, en que todas las cosas que amaste serán extrañas. Tú mismo serás otro. Una nueva vida que ignoras, dolorosa y austera, enturbiará tus recuerdos que sólo se te aparecerán imágenes confusas, oscuras, desoladas.

Vivimos sólo un momento. El despertar final es encontrarse de nuevo; el olvido es una sabiduría estoica, como el recuerdo es una lágrima. Vivir, morir: he ahí el dilema.

Vivimos sin saber por qué; morimos sin comprender a dónde vamos. ¡Oh, profundo naufragio! ¡Oh, infinito dolor!

Sólo nos queda una esperanza: Dios. Denos la fe que es lo único que es nuestro. Sea nuestra luz.

Sueña, sueña pequeño mío. Yo velaré la inefable quietud de tu alma.

Garrick

El que ríe es Garrick, el de la lira es Virgilio, el de los laureles, Dante; este es Pedro el pastor...

¡Aguarda! Homero esta de pie. Estos son Rimbaud, Hostos y Grim; el de la castálida es Pan el Sátiro, el que medita Kant, el que sueña, David.

Goya crea, Kempis ama, Job llora, Voltaire maldice... César, Petrarca, Boccaccio, Maupassant, y cien más...

Tú dirás, Sambo, a quién querrías parecerte...

-Pues... no sabría. Tal vez... a éste.

-A Garrick? Y por qué a Garrick?

-Porque se ríe y ¡es tan hermoso reír...!

Delirio y muerte

La vocecilla hueca del negrito se fué haciendo apenas un gemido:

-No la puedo coger, niña... no la puedo coger!

-Yo la quiero, la tienes que traer.

-¿No ves acaso que está dormida sobre el río? Se deshace en mis manos cuando la agarro... ¡Oh, luna, luna, no te vayas, no huyas!

El agua está muy fría y la noche hiera con sus cuchillos de plata. Nieva.

¡Adiós... Sambo!

Héme aquí otra vez solo.

Ahora que sabes, Sambo, cómo es de inmenso el vacío de la muerte y cuán breve es la vida, comprendes lo hermoso que es haber sufrido mucho. Porque tú llegaste a Dios y le ofreciste tu dolor de haber vivido regando de lágrimas tu camino. Yo no sé qué le ofreceré cuando llegue mi hora: si el amor que siento por todos los que son como tú fuiste, o esta tristeza infinita de no poder amarlos más.

Yo quise ser como tú. Me he quedado tan solo tu recuerdo; el eco de tu voz, de tu palabra, de tu tristeza.

Estoy solo, oyes? Alguien llora; acaso sea el viento, quién sabe... O tú, Sambo: el niño que fuí.

Como una novia muerta, toda refulgente, la luna flota sobre las ondas: es la hostia pálida, el reflejo del alba, el asombro del secreto cielo.

-Es cierto, está muy bella ¿por qué no dejarla así?

Pero la niña la quiere para su prendedor, y hace un mohín decepcionado ante la impotencia del enfermito.

En la camita humilde, se muere Sambo dolorosamente. El invierno no tiene corazón. El de Sambo se apaga como un cirio. Fuera ronda el frío, y en el cuarto la fiebre.

No hay reproche, no hay queja... Ni una palabra de dolor; sólo sed, sed horrible y larga, sed de manantial para el peregrino, sed de amor para el alma.

Nadie llora por el negrito agonizante. De pronto un grito desgarrar el silencio:

-¡Ya la tengo, ya la tengo! Está muy blanca, niña, pero está muy fría...

Dios le ha debido dar el primer beso.